

VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA.

SOBRE EL HIJO PRODIGO.

DIVISION.—I. *Los excesos de la pasion de la lascivia, figurados en los desórdenes del hijo pródigo.*—II. *El exceso de la misericordia de Dios, figurado en los pasos del padre de familias.*

Primera parte. *Los excesos de la pasion en los desórdenes del hijo pródigo.*

1. No hay vicio que tanto aparte de Dios al pecador; pone como un abismo entre Dios y el alma sensual, y casi no deja esperanza de conversion al pecador. Por eso se dice en el Evangelio que el pródigo se fué desde luego á un país muy remoto. A la verdad, parece que en los demás vicios el pecador aun está unido á Dios, aunque con lazos muy débiles; pero esta infame pasion de que voy hablando deshonor al cuerpo, apaga la razon y hace insípidas todas las cosas del cielo.

2. Tampoco hay vicio que deje menos esperanza de

convertirse á Dios, cuando el pecador se ha apartado ya de Su Majestad. El pródigo disipó toda su hacienda en desórdenes; los bienes de la gracia y de la naturaleza, la pérdida de la gracia, es fruto ordinario de todo pecado que mata al alma; pero éste aun pasa mas adelante y ofende á los dones del Espíritu Santo hasta la raiz, y la fe, que es el fundamento de todos los dones, tarda muy poco en ser destruida en el corazon del pecador impúdico, porque hay muy poca distancia desde la disolución á la impiedad: tambien se disipan los bienes de la naturaleza; en vuestra formacion recibísteis una alma púdica; nacísteis con un génio suave, tranquilo y agradable, con unos talentos felices; pero despues que entró en vuestra alma este impuro fuego, nadie os conoce y todos os buscan en vos mismo sin poderos hallar: no quiero hablar de los bienes de la fortuna que se sepultan en este abismo.

3. Tercer carácter de este infame vicio de que hablamos; llega á ser el suplico del pecador impúdico. Despues que el hijo pródigo disipó todos sus bienes, sobrevino una grande hambre en aquel país y empezó á padecer necesidad. Este vicio hace al pecador insufrible á sí mismo. 1.º Por la grande inquietud que deja en la conciencia impura, la que es causa de que el pecador continuamente se esté reprendiendo su propia flaqueza y que se avergüence interiormente de no poder sacudir el yugo que le oprime. 2.º Por los disgustos, las envidias, los furores, las violencias, los temores y los tristes sucesos inseparables de esta pasion. 3.º Por los nuevos deseos que continuamente enciende este vicio en el corazon. 4.º Por las funestas consecuencias del desorden, las que casi siempre hacen expiar en un cuerpo cargado de dolores, la infamia de las pasiones de la juventud.

4. Ultimo carácter de este vicio; no hay vicio que haga

al pecador mas vil y despreciable á la vista de los demás hombres. El hijo pródigo cayó en una ruindad que no se puede leer sin horror; por mas que el mundo procure dar nombres especiosos á esta pasion infame, en la realidad es una vileza que afrenta al hombre y al cristiano; es una mancha que oscurece las mas heróicas pasiones; es una ruindad que lejos de hacernos semejantes á los héroes, nos confunde con las béstias, y el mundo, en medio de estar tan corrompido, respeta el pudor, cubre de una eterna ignominia á los que viven en el desórden, y los toma por asunto de sus burlas y censuras.

Segunda parte. *Veamos en la conversion del hijo pródigo el modelo y los consuelos de su penitencia.*

1. El primer carácter de su pasion habia sido el poner como un abismo entre él y la gracia, con las tinieblas que habia derramado sobre su espíritu, con el fatal disgusto para las cosas del cielo y con la esclavitud de sus sentidos al imperio de su sensualidad. El primer paso de su penitencia aparta todos estos obstáculos. 1.º Le abre los ojos para que vea el infeliz estado á que le habian reducido sus pasiones: *Le hace entrar de sí mismo*, dice el Evangelio. 2.º Su fatal disgusto para las cosas del cielo se muda en un santo deseo de virtud y de justicia. *¡Cuántos siervos*, dice, *tienen pan con abundancia en la casa de mi padre y yo aquí me muero de hambre!* En otro tiempo temblaba solamente al acordarse de la ley y de la virtud; no podia sufrir ni aun la vista de la casa del padre de familias, y ahora empieza á envidiar la suerte de sus criados y de aquellas almas fieles que le sirven. 3.º No se contenta con simples deseos de imitarle, no los dilata para mas adelante, no alaba la virtud con la esperanza de seguir algun dia sus reglas; el verdadero dolor es tardo en hablar y pronto en ejecutar. *Me levantaré*, dice, *surgam.*

Tengo un padre amoroso y compasivo, que no quiere mas que la conversion de su hijo; iré, pues, á su santa casa: *Ibo ad Patrem.* Iré, derramaré en su presencia toda la amargura de mi alma, y le diré: *Padre mio, pequé contra el cielo y delante de vos.*

2. ¡Qué mudanza y qué ejemplo tan lleno de consuelo para los peeadores! Parece que Dios quiere con particularidad ser Padre de los ingratos, bienhechor de los culpados, Dios de los pecadores y consuelo de los penitentes. A la verdad, á los primeros pasos de la penitencia del hijo pródigo siguen mil consuelos, cuando por otra parte, los frutos de la iniquidad habian sido para él amargos como el ajeno.

Primeramente halla consuelo en las felicidades que encuentra para la santa empresa de su conversion. El padre de familias ve desde lejos á su hijo y corre hácia él. Un pecador necesita de poco para detenerse en los principios de su carrera. El mismo demonio, mas atento entonces que nunca á no dejarse quitar la presa, presenta á el alma, medio movida al arrepentimiento, unas dificultades invencibles en su nueva empresa. ¿Pero qué hace entonces el amor siempre vigilante del Padre de familias? Corre hácia donde está su hijo, se da prisa á socorrerle, le anima contra sus temores, junta mil circunstancias que le aseguran todos los pasos, aparta todas las ocasiones en que puede tropezar su flaqueza, y trastorna los proyectos que pudieran exponerle á nuevos peligros. 2.º Halla consuelo por parte de las interiores suavidades que experimenta en los primeros pasos de una nueva vida. No se contenta el padre de familias con correr á él; se le arroja al cuello, le abraza y le besa: *Cecidit super collum ejus, et osculatus est eum.* Esta es una tierna imágen, y de mucho

consuelo, de la alegría que causa en el cielo la conversión de un solo pecador, y de los interiores consuelos con que Dios favorece á una alma desde los primeros pasos de su conversión. 3.º Halla consuelo por parte de la participación de los santos misterios, de los que por sus desórdenes habia vivido privada tanto tiempo. El padre de familias manda matar un gordo cabrito, convida á este celestial banquete al hijo que acaba de hallar. *Adducite vitulum saginatum, manducemus, et epulemur.* ¡Qué consuelo! Después de haber vivido tantos años separado del altar y de los sacrificios, hallarse al pié de él con sus hermanos, ser sustentado con el mismo pan, confortado con la misma vianda, esperando las mismas promesas, etc.: ¿echará menos entonces el alma los infames deleites de que acaba de disgustarla la gracia?

3. Finalmente. El hijo pródigo habia llegado al mayor abatimiento y desprecio, y el honor y la gloria son el último privilegio de su penitencia: vuelve á entrar en posesión de todos los derechos de que estaba privado; se le pone un vestido de dignidad é inocencia, y aun es preferido á su hermano mayor. Es decir, que la piedad nos hace olvidar la locura y vileza de nuestras pasiones, y que solamente nos acordemos de ellas para hacer mas estimación de las virtudes que las han sucedido.



TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE LA INCONSTANCIA EN LOS CAMINOS DE LA SALVACION.

PROPOSICION.—*La inconstancia en los caminos de la salvacion es entre todas las cualidades de una alma, la que deja en ella menos esperanza de salvacion, porque todos los remedios que son útiles para la conversión de otros pecadores, son inútiles para el alma inconstante y mudable, que tan presto se convierte á Dios, movida de sus miserias, como se olvida de Dios, dejándose arrastrar de ellas.*

1. El primer remedio útil para sacar á una alma de sus desórdenes es el conocimiento de la verdad, pues el primer medio de que se vale la gracia para la conversión de una alma mundana, es manifestarla el mundo y la eternidad como realmente son en sí y como nunca los habia considerado; entonces cae de repente el velo que tenia sobre los ojos, se admira de haber ignorado tanto tiempo las únicas verdades que le importaba conocer, y añadiendo

la novedad como una nueva fuerza á las impresiones que en ella hace la verdad, se alegra de haber por último abierto los ojos; pero este remedio de salvacion, tan inefable para otros pecadores, tiene poca fuerza para el alma inconstante y variable; las verdades de la fe ya no hacen impresion en ella, porque no son para ella luces nuevas; ha visto claramente, tanto la vanidad de las cosas humanas, como las grandes verdades de la eternidad; estas verdades han perdido ya para ella la admiracion y el atractivo de la novedad, que es tan feliz para otros pecadores. ¿Pues qué remedio podrá hallar esta alma en el conocimiento de la verdad? ¿qué podrá saber de nuevo? ¿que el mundo es un engaño? ¿que es cosa terrible el sacrificar toda una eternidad á un instante de embriaguez y de deleite? ¿que es preciso darse prisa á vivir bien, porque la muerte es semejante á la vida? Esto ya se lo ha dicho mil veces á sí misma en los instantes que ha tenido de penitencia; los intervalos de arrepentimiento de que ha estado llena su vida, todos han provenido de la impresion que en ella han hecho estas verdades. ¿Pues qué cosa nueva podrá enseñarla, ni aun el mismo Dios? Es verdad que el Señor aun puede iluminarla; pero esto solamente la servirá de nueva ocasion para resistir á la verdad, y no de nuevo atractivo para seguirla; está ya familiarizada con la verdad y con sus pasiones, está acostumbrada á sufrir la vista de las santas máximas; y de las injustas flaquezas. ¡Ah! ¡Ojalá, como dice un apóstol, se mantuviera aún en las tinieblas de su primera ignorancia, y nunca hubiera conocido la verdad!

2. El segundo medio de salvacion favorable para otros pecadores, es un nuevo gusto que acompaña siempre en los principios de la justificacion; una suavidad que se experi-

menta en tener el corazon libre de las pasiones y de los remordimientos: no hay cosa de mas consuelo que aquellos primeros momentos, en que habiéndose roto nuestras cadenas, empezamos á respirar y á gozar de una suave y santa libertad.

Pero vosotros que tantas veces habeis experimentado la suavidad de estas divinas impresiones; vosotros que continuamente estais pasando del gusto de la virtud al gusto del mundo y de los placeres; almas inconstantes y mudables, ¿qué dulzura ni qué consuelo os podrá ofrecer una nueva y santa vida, que no háyais experimentado ya muchas veces? Si tuviérais un corazon de piedra, como los pecadores insensibles, un golpe de la gracia podria herirle, romperle ó ablandarle; pero teneis un corazon fácil de moverse, difícil de fijarse, vivo en un instante de gracia, y mas vivo en otro instante de deleite; que tan presto le parece que solamente Dios es digno de ser amado, como que solo el mundo merece su amor. Pues os repito temblando, católicos, que son muy raras las conversiones de las almas semejantes á las vuestras. En este punto es decisivo y terrible al decreto de Jesucristo; dice que una alma como la vuestra no es á propósito para el reino de los cielos; esto es, que sus inclinaciones, su interior disposicion, el carácter propio de su espíritu y de su corazon la hacen inhábil para la eterna salud: ¿de qué proviene esto? De que la piedad cristiana supone un espíritu maduro, capaz de resolverse, que habiendo conocido una vez el camino derecho, entra en él sin apartarse fácilmente; supone una alma fuerte y prudente que no se deja gobernar de los sentidos, sino de las reglas de la fe y de la prudencia: aun en el mismo mundo una alma mudable é inconstante no es capaz de nada, y basta el verla empezar cualquier ne-

gocio, para que se haga juicio de que no le ha de perfeccionar: la desigualdad, pues, de la conducta proviene en vosotros de una natural inconstancia, para la que la novedad tiene unos atractivos muy poderosos, y que se enfada muy presuro de una misma cosa; proviene de una incertidumbre y de una inconstancia del corazón, que no puede fiarse de sí mismo para el instante siguiente, que en ninguna cosa consulta, ni sigue mas que á su gusto; y así no sois á propósito para el reino de los cielos.

3. El tercer remedio útil para otros pecadores, es el de los sacramentos; pero este remedio sirve de escollo para el alma inconstante y mudable. 1º Por el inútil uso que siempre hace de estos divinos remedios: en un pecador que ha envejecido en la culpa y que por último viene á postrarse á los piés de un sacerdote, la majestad del lugar, la santa severidad del juez, la importancia del remedio, la vergüenza y confusión de sus delitos, todo esto hace en su corazón unas impresiones tan nuevas y profundas, que no es fácil el borrarlas; pero el pecador de quien yo hablo, va al tribunal de la penitencia con una alma familiarizada con su confusión; vive en seguridad contra sí mismo y no se avergüenza de lo que confiesa. 2º La sirve de escollo, por el fingimiento que es inseparable de las recaídas. 3º Por el inevitable sacrilegio que en ellas comete, pues estar continuamente arrepintiéndose y recayendo, es profanar las cosas santas y burlarse de ellas. No quiero decir que la gracia de los sacramentos ponga al hombre en un estado constante é invariable de justicia; pero en el que se levanta de los piés del sacerdote verdaderamente justificado, no son tan frecuentes las recaídas; no se pasa en un instante del estado de justificación al de la culpa, porque la conversión no es obra de un instante, sino una obra

difícil; y no se pierde en un momento lo que se ha adquirido á costa de infinitas penas y trabajos: es una obra sólida, y lo que en un instante se arruina, no puede estar fundado sino sobre arena movediza; es una obra seria, acerca de la cual se delibera mucho tiempo, y una empresa por mucho tiempo meditada, no se abandona casi en el mismo día que acaba de perfeccionarse; por eso todos los santos han mirado la penitencia de estas almas mudables é inconstantes, como públicas burlas de los sacramentos, y como ultrajes hechos á la santidad de nuestros misterios, y así las separaban para siempre del sagrado altar. Bien sé que no se debe agravar el yugo, y que no afrenta menos á la religión un exceso de severidad, que una culpable cobardía; pero no se debe entregar inmediatamente la sangre de Jesucristo á unos profanos que le han pisado mil veces; no se debe dar crédito á unas promesas tantas veces quebrantadas; ¡y ojalá, alma infiel que me oyes, ojalá hubieras hallado cerrados todos los tribunales á tus infames inconstancias no se te viera aún la misma despues de tantos sacramentos y de tan inútiles pasos de penitencia! ¡Pero qué digo la misma! aun eres peor, pues has añadido á unos desórdenes que nunca han sido perdonados, la funesta circunstancia de un gran número de sacrilegios.

Luego con razón decía yo que entre todas las cualidades de una alma, la inconstancia en los caminos de la salvación es la menos á propósito para el reino de Dios, porque para otros pecadores hay remedios, pero para el inconstante no le hay; á lo menos yo no le hallo.